

Martín  
Piñol

# Superbagnet

Dibujos de  
Votric





1

—¿Te vas a comer esa porquería? —le preguntaron sus compañeros en el patio.

Y con un ataque de vergüenza sobrenatural, Arturo bajó la mirada hasta su triste bocadillo de jamón.

Su madre se lo había preparado con mucho cariño... y con una barra de pan deliciosa y crujiente que ella misma había ido a buscar a la panadería, una barra caliente y radiante como un bebé recién nacido.

Pero los otros niños despreciaban a todo aquel que no desayunara el Chocoplús ultra, el bollo más de moda desde hacía unos días, que regalaban a la salida del colegio unos hombres vestidos de bollo gigante.

7

Al principio, todos los alumnos se habían reído de ellos, porque el disfraz de hombre-bollo les venía apretado y los pobres sudaban a mares mientras iban repartiendo bollitos de Chocoplús Ultra a cualquier niño que salía en estampida por la puerta principal.

–Tranquilos, que hay para todos –decía uno de los hombres-bollo.

Por si acaso, los niños decidieron que no valía la pena confiar en la palabra de un adulto vestido de bollo de dos metros. Así que los empujaron al suelo y saquearon sin decencia la furgoneta abierta.

Con un trabajo en equipo que ya querían ver los profesores en clase, los alumnos tiraron las cajas del interior de la furgoneta y llenaron sus mochilas hasta que casi no podían cerrarlas y las cremalleras iban a explotar.

Como aún quedaban muchos pastelitos por robar, decidieron entre todos abrir los plásticos y hacer una comilona exprés, que, por supuesto, les iba a quitar el apetito para varios días. Cuando llegaran a casa, con los morros llenos de chocolate y la cara de vicio radiante, sus madres se enfadarían mucho.

Pero ahora no se iban a quedar sin esos bollos gratis tan chulos.

El único que se comportó con educación fue Arturo, que miraba el asalto desde la puerta del colegio, aprovechando la ocasión para irse sin que le vieran.



Había llegado al colegio con el nuevo curso, y, como era el nuevo, los bestias de clase le sometían a varios meses de bromas y novatadas. Hasta entonces, lo que acostumbraban a hacerle era seguirle hasta su casa, cantándole a distancia «Arturo, cazurro».

El chico se dirigió hacia el semáforo, pero a medio camino le dieron pena los hombres-bollo, que intentaban levantarse del suelo de manera bastante patética.

(Piensa que sus rodillas estaban dentro del disfraz y les costaba mucho darse la vuelta y ponerse en pie).

Arturo les tendió la mano para ayudarles a levantarse.

—Gracias, chaval —le dijo uno de ellos—. Tus amigos son unos auténticos salvajes.

—Lo sé —contestó Arturo—. Y no son mis amigos. Yo no tengo amigos.

Nada más decirlo, se imaginó que uno de los hombres-bollo lo abrazaría con su disfraz y le soltaría palabras de ánimo y consuelo.

Pero no.

Simplemente le dijo:

—Bueno, chaval, la vida es dura. Yo me imaginaba de surfista en California de mayor y mírame... Haciendo el pena dando bollitos a gamberros maleducados. Por cierto, ¿quieres un pastelito? Tú te lo mereces más que nadie.

—No, gracias. Mi madre no me deja aceptar nada de desconocidos.

—¡Que no es droga ni nada envenenado, eh! —le contestó el hombre-bollo medio enfadado—. Son los deliciosos bollitos Chocoplús Ultra.

—Ahora conozco el nombre de los bollitos, pero no el tuyo. Así que sigues siendo un desconocido.

—Eso es verdad. Si te digo mi nombre, ¿te comerás un pastelito?

—Tampoco. Mi madre no me deja comer bollería industrial. Es mala.

—¿Quién es mala, tu madre o la bollería?

—La bollería. Mi madre es muy buena y muy dietista-nutricionista, y por eso me cuenta la verdad.

El hombre-bollo le señaló a la jauría de alumnos que estaba devorando los bollitos y abriendo los sobres con juguetes que iban dentro del plástico acompañando al dulce.

—Pues yo a esos no los veo muy tristes... —comentó—. Así que, si no quieres ser el único rarito que no come bollitos, toma uno.

—Gracias, pero tengo que irme —le contestó Arturo, bajando la mirada a las baldosas de la calle y largándose de allí antes de que el olor a chocolate le hubiera inundado las fosas nasales.

Ya habían pasado dos semanas desde ese día, y la furgoneta que regalaba bollos había aparecido cuatro veces más.

Conociendo el ansia de robar de los alumnos, los hombres-bollo ahora lanzaban los pastelitos desde la ventana del conductor sin siquiera apagar el motor, como si fueran los pajes de los Reyes Magos en una cabalgata tirando caramelos.

Aun así, el grupo de niños empujaba la furgoneta por todos lados, como si quisieran volcarla y arrancarle las puertas para servirse ellos mismos a su ritmo.

–Tranquilos, que hay para todos –repetía el conductor viendo peligrar su vida y su trabajo.

–¡Queremos bollos gratis! –les contestaba la masa de niños impacientes.

Desde que el Chocoplús Ultra había entrado gratis en sus vidas, los alumnos no comían otra cosa. Lo tomaban en el patio, pero también le daban bocados en clase de mates o en la hora de gimnasia, donde habían llegado a esconderse los bollos en los calzoncillos para devorarlos mientras hacían flexiones o subían la cuerda.

El único que seguía sin probarlo era Arturo, que cada día, a la hora del recreo, se sentía observado por todos los demás.

–¿Te vas a comer esa porquería? –le preguntaban cada día mientras él y su eterno bocata de jamón intentaban hacerse invisibles.

–Sí, claro –les decía en voz baja, porque sabía que si no contestaba aún sería peor.

–Uy, el pobrecito quiere a su bocatita de jamoncito más que a nada en el mundito –se burló Kevin-Pitbull Ramírez y los demás le corearon la gracia con carcajadas llenas de migas de bollito.

–El jamón sale de los cerdos, y si comes mucho te convertirás en el ñiñocerdo de clase –le atacó Izan, que era el esbirro de Kevin-Pitbull.

Y el grupo entero de matones con bollo cantó:

–Ñiñocerdo, ñiñocerdo, come jamón porque... es un cerdo –acabaron la canción para que rimara.

–Mi madre es dietista y sabe lo que me conviene –contestó Arturo harto de aguantar.

–¡Nosotros sí que sabemos lo que te conviene, cerdito! –bramó Kevin-Pitbull Ramírez antes de lanzarse a por él.





2

Entre todos lo arrastraron hasta los lavabos.

Arturo dudó si pedir socorro o no, porque los profesores que vigilaban el patio solían patrullar con un nivel de atención más bien bajo o inexistente. Los gamberros tenían que pegarte muy fuerte o hacer que te saliera mucha sangre para que los vigilantes oyeran los gritos.

Y si gritabas, existía la posibilidad de que, además de llamarte gallina y acusica, el grupo de abusones aún se enfadara más.

Pese a todo, Arturo decidió gritar porque él no había hecho nada malo y la justicia se supone que siempre ayuda a los que se portan bien y son bastante inocentes.

—¡Profe, profe!

Pero nada de nada. El tutor que vigilaba el patio ni se enteró, porque estaba demasiado concentrado en demostrarles a los pequeños su gran talento para el fútbol, dándole toquecitos al balón que les acababa de robar.

—Ahora verás, chivato —le amenazó Kevin-Pitbull Ramírez.

Lo metieron en los lavabos del patio y uno de ellos se quedó en la puerta vigilando.

Como eran aprendices de matones y entrenaban casi cada día con compañeros desamparados, iban mejorando en su práctica criminal y podía decirse que eran muy expertos.

—Conque tu bocadillo es lo mejor del mundo, ¿no? Pues ahora verás —continuó Kevin-Pitbull.

Levantó la tapa de uno de los váteres y le señaló el interior a Arturo.

—Mira dentro si tienes narices, niño de mamá «dieteticista».

Por si Arturo no se animaba, el grupo de abusones lo acercó empujándole con alegría.

Dentro del váter, el chaval vio un espectáculo asqueroso, pero bastante cotidiano, porque en el colegio ningún chaval tiraba jamás de la cadena. Un líquido infernal, formado por cientos de meados, acompañaba a un trozo de algo marroncito que flotaba como un poco de chorizo en un cocido.

Arturo pensó lo peor. Imaginó que le iban a meter la cabeza en el váter hasta ahogarle.

Pero no. Kevin-Pitbull Ramírez era aún más malvado.

Le quitó el bocadillo con sus zarpas y le miró directamente con unos ojos de loco que le darían miedo hasta a un hombre lobo.

—¿No querías tu bocadillo? Pues tranquilo, que ahora te lo vas a comer entero.

Y entonces lo tiró directamente al fondo del váter.

—Oh, qué pena. Se me ha caído sin querer. Pero bueno, seguro que a ti no te importa, ¿verdad? Estará tan bueno que te lo vas a comer igual, ¿verdad?

Todos los abusones miraban a Arturo, que no sabía si llorar de miedo o vomitar de asco.

—No seas maleducado, novato. Si se cae algo tuyo tienes que recogerlo —le ordenaba Kevin-Pitbull Ramírez.

Arturo estaba inmóvil, y un empujón le animó a ir a por el bocata. Pero nada más acercarse unos centímetros al lavabo, la peste le mareó.

—Me rindo, me rindo. El bocadillo me da asco. Me comeré un Chocoplús Ultra si sois tan amables.

Y fue allí, en ese lavabo, donde los bestias de su clase le dieron a probar el bollo de chocolate.

Y le gustó.